

tismo, le tachó de *rudo, bárbaro, rústico* (1), calificaciones que, tratándose de lengua y estilo, son siempre muy relativas, y que de ningún modo cuadran al discípulo de Nebrija, al traductor de Virgilio, al familiar de León X, al que fué á su modo, y con el estilo de su tiempo, un hombre del Renacimiento. La estética de nuestros días, más hospitalaria que la antigua preceptiva, comienza á rehabilitar á Juan del Enzina en su doble calidad de poeta y de músico. ¡Ojalá que el presente estudio pueda contribuir en algo á tan justa reparación, porque si Juan del Enzina no fué gran poeta, fué á lo menos un poeta muy simpático, y que dejó la semilla de cosas grandes!

Gil Vicente y Torres Naharro cultivaron también la lírica á par de la dramática, y en tal concepto solicitan ahora nuestra atención. Pero antes de hablar del primero, aunque muy rápidamente, es preciso conocer el círculo literario en que vivió, la legión de poetas bilingües nacidos en Portugal, cuyas obras están recogidas en el *Cancionero de Resende*.

(1) «Tocó esta fábula (la de Tántalo) aquel poeta Juan de l'Enzina, con la rudeza y poco ornamento que se permitía en su tiempo.» (P. 255 de las *Anotaciones á Garcilaso*.)

«Juan de l'Enzina siguió este mismo lugar en su égloga V; pero tan bárbara y rústicamente, que ecedió á toda la ignorancia de su tiempo.»

La escuela lírica galaico-portuguesa, cuya dominación en las comarcas occidentales y centrales de la Península duró hasta fines del siglo XIV, extiende sus últimas ramificaciones por el *Cancionero de Baena*, y se pierde en la caudalosa corriente de la literatura castellana, abandonándose, aun en Galicia, el uso de aquella lengua trovadoresca, si bien se conserva vagamente su recuerdo literario, como lo testifica el *Prohemio* del Marqués de Santillana. El mayor poeta gallego del siglo XV, Juan Rodríguez del Padrón, ni una sola vez emplea su dialecto natal, y lo mismo se observa en el Vizconde de Altamira, en Luis de Vivero y otros paisanos suyos de quienes hay versos en el *Cancionero general*.

En Portugal, que tenía conciencia de reino independiente, y que después del triunfo de Aljubarrota había entrado en su edad heroica con los primeros descubrimientos marítimos y la primera expansión por el litoral africano, no podía ser tan completo el abandono de la lengua, que se honraba ya con algunos monumentos en prosa, como las crónicas de Fernán Lopes y sus continuadores, los libros didácticos del rey D. Duarte (*O Leal Conselheiro*), y probablemente la primera re-

dación del *Amadis de Gaula*. Nada de esto impidió, sin embargo, que los portugueses durante todo el siglo XV se sometiesen dócilmente á la influencia castellana, y que vencedores en el terreno de las armas como lo fueron casi siempre hasta que la fortuna los abandonó en los campos de Toro, gustasen, no obstante, de poetizar en la lengua de sus odiados rivales, y los imitasen además, harto servilmente, en los versos que componían en su lengua propia. Ábrase la enorme colección de García de Resende, y se verá no sólo que muchos de aquellos ingenios son bilingües, sino que toda la materia poética allí archivada no pertenece al lirismo provenzal de la antigua escuela gallega, sino á la nueva escuela cortesana del tiempo de D. Juan II, la cual algunos rastros conservaba de la vetusta tradición lírica peninsular, pero que no sólo había olvidado á sus precursores, sino que manifiestamente difería de ellos en muchas cosas, y se movía bajo otros impulsos, entre los cuales era el más notable la imitación italiana, á través de la cual algo del clasicismo antiguo comenzaba á insinuarse.

Tal fenómeno no tendría satisfactoria explicación, puesto que abiertamente pugna con las vicisitudes de la historia política, si no se tuviese en cuenta que Portugal carecía aún de tradiciones literarias propias, excepto en la lírica, donde su actividad se había confundido con la de los trovadores gallegos y con la de los muchos castellanos de los siglos XIII y XIV que habían empleado el gallego como lengua poética. Y la lírica por sí sola, como el ejemplo de los provenzales lo confirma, no basta para dar perpetuidad y fundamento sólido á una lengua y á una literatura. Portugal no alcanzó

la epopeya hasta el siglo XVI, y esto por vía erudita, aunque de maravillosa manera, coincidiendo el genio de un gran poeta con el punto de mayor apogeo en la historia de su pueblo. Pero en la épica popular de los tiempos medios puede decirse que Portugal no interviene para nada: su romancero, por otra parte muy bello y muy rico, es un suplemento del romancero castellano, del cual sólo difiere por la lengua y por la carencia casi absoluta de temas históricos, que son los que infunden propia y genuina vitalidad al nuestro, y le dan conocida superioridad sobre las canciones populares de cualquier otra parte de Europa. Del mismo modo, la primitiva prosa portuguesa crece á los pechos de la prosa castellana: la corte literaria de D. Diniz es un trasunto de la de su abuelo Alfonso el Sabio: se traducen primero y se imitan luego nuestras grandes compilaciones legales é históricas del siglo XIII, las *Partidas*, la *Crónica General*; se imita el *mester de clerecía*, y se traducen los versos del Archipreste de Hita. Libros franceses como el *Roman de Troie* pasan por el castellano antes de llegar al gallego; y, finalmente, el más antiguo, y bien tardío, cronista portugués Fernán Lopes aparece muy directamente influido en la materia y en el estilo por las obras históricas del canciller Ayala.

Todo inclinaba, pues, á los portugueses á recibir de buen grado la hegemonía castellana en este orden, al paso que con tanto empeño la combatían en el campo de la guerra y de la política. Ni para contrabalancearla era suficiente la afición más difundida allí que en el centro de España (fenómeno que también se explica por la ausencia de toda otra poesía narrativa en Portugal

y Galicia) á la lectura de los devaneos y ficciones caballerescas del ciclo bretón, que quizá por misteriosa comunidad de orígenes célticos, si no enteramente probados, muy probables, comenzaban á echar hondas raíces en la fantasía tanto del pueblo como de las clases aristocráticas, penetraban á título de historia hasta en los libros de linajes (1), y se reflejaban en los costumbres palaciegas, en los saraos, en las divisas y en los motes, siendo punto de moda en los tiempos de D. Juan I y sus inmediatos sucesores tomar los caballeros y las damas los nombres de los héroes de la Tabla Redonda, y proponérselos como ideal ó dechado en sus acciones. El *Lanzarote del Lago*, el *Baladro de Merlin*, la *Historia de Tristán* y otros libros capitales de este ciclo corrían ya traducidos en prosa portuguesa (2); y es muy natural que en tal medio fuese engendrado antes ó después el *Amadís* peninsular, ingeniosa y original imitación, que á su vez había de tener prole tan dilatada, pero no en su primitiva forma, la cual fué olvidada y perdida muy luego, sino en su metamorfosis castellana: lengua que fué también la de casi todas sus imitaciones, excepto el *Palmerín de Inglaterra*; mostrándose aun en esto el predominio y soberanía que el habla de la España central asumió por tres centurias sobre sus vecinas.

(1) En el nobiliario del conde D. Pedro de Barcellos, que es el más antiguo, no sólo de Portugal, sino de toda España, se ponen ya la genealogía del rey Artus, la leyenda del rey Lear y la del encantador Merlin.

(2) Del *Lanzarote* portugués existe un códice en la Biblioteca Imperial de Viena. El *Merlin* y el *Tristán* constan en el catálogo de libros que poseyó el rey D. Duarte.

Pero en el siglo XVI y aun en el XVII la vitalidad del genio portugués fué tanta, que sin menoscabo de su sello peculiar toleró el empleo promiscuo de dos lenguas literarias: ley de que no se eximió el mayor poeta de la raza, si bien sus versos castellanos sean parte muy secundaria de sus obras. Pero no acontece lo mismo con otros poetas y prosistas de los más insignes: Gil Vicente, Sa de Miranda, D. Francisco Manuel, de quienes es muy difícil decidir si importan más como escritores portugueses ó como castellanos: tan compensados están los méritos de su labor en ambas lenguas.

No alcanzan tan alto nivel los poetas cortesanos del siglo XV, si bien el más antiguo de los que acabamos de nombrar pertenece á esa centuria por su nacimiento y sus orígenes literarios. Antes de llegar á él, la poesía portuguesa de aquel siglo no es más que un reflejo ó trasunto bastante pálido de la poesía castellana de las cortes literarias de D. Juan II y de los Reyes Católicos, con la gran desventaja de no ofrecer entre sus innumerables cultivadores ninguno que remotamente pueda compararse con Juan de Mena, Santillana, los dos Manriques, y aun con otros ingenios de orden muy inferior. Parece que los trovadores portugueses ponen servil empeño en imitar lo más trivial, lo más insulso, lo más empalagoso de sus modelos. El *Cancionero de Resende* contiene todavía mayor número de poetas que el de Castillo: llegan á ciento cincuenta los que incluye. Nunca se vió tan estéril abundancia de versificadores y tanta penuria de poesía. El lector de buen gusto camina por aquel interminable arenal, sin encontrar apenas un hilo de agua con que mitigar la sed. Afortunadamente sólo nos incumbe el estudio de la parte

castellana del libro, y aun así no podrá dejar de ser árida la materia, que procuraremos hacer más llevadera con las noticias biográficas de algunos de estos poetas, más interesantes en su vida que en sus versos, pero á quienes alguna buena memoria debemos, siquiera por la cortesía y solicitud que mostraron en honrar nuestra lengua tanto como la suya propia (1).

Grato me fuera colocar al frente de esta galería poética la noble y simpática figura del segundo de los hijos del Maestre de Avis, del infatigable viajero que, según el decir de nuestro vulgo, anduvo *las siete partidas del mundo*, y cuya memoria se perpetúa aún, lo mismo en Portugal que en Castilla, gracias á un libro popular, de los llamados *de cordel*, que todavía se reimprime, aunque cada vez más alterado y modernizado, y suele encontrarse de venta en los mercados de los pueblos y en los barrios extremos de nuestras ciudades, formando parte esencial de la biblioteca folklórica (2). La veracidad de esta relación de viajes allá se

(1) Intentó ya el estudio de estos poetas, con su habitual amenidad é ingenio, D. Juan Valera en un artículo publicado en la *Revista de España*, tomo I, 1868. A haberle dado más extensión, hubiera hecho de todo punto inútil el mío.

(2) La última edición que hemos visto es de 1873, con el título de *Historia del infante D. Pedro de Portugal, en la cual se refiere lo que le sucedió en el viaje que hizo alrededor del mundo* (sic). Escrita por Gomes de Santisteban, uno de los que llevó en su compañía. Las antiguas, así en portugués como en castellano, se titulan: *Historia del Infante D. Pedro ... el qual anduvo las siete partidas del mundo*. Las hay de 1564 (Burgos, por Felipe de Junta), 1570 (Zaragoza, por Juan Millán), 1595 (Sevilla, por Domingo de Robertis), etc. El texto portugués actual parece traducido del castellano, pero éste puede ser abreviación ó refundición de otro más antiguo, que estaría probablemente en aque-

va con la de Juan de Mandeville, y aun con la de Simbad el Marino, pero es indudable que el Infante en su mocedad viajó mucho por Europa, Asia y África; que asistió al emperador Segismundo de Hungría en su campaña contra los hussitas (1419); que hizo la romería de Tierra Santa, visitando en el camino Chipre, Constantinopla y el Cairo, y adquiriendo noticias de las tierras del Preste Juan; y, finalmente, que recorrió las cortes de casi todos los príncipes cristianos de su tiempo, invirtiendo en estas peregrinaciones más de diez años, y volviendo á Portugal, enriquecido con un tesoro de experiencia y saber práctico, cual otro Ulises *qui mores multorum hominum vidit et urbes*. Pero él, tan afortunado como viajero, tan sabio como legislador, tan prudente y sesudo como regente de la monarquía durante la menor edad de su sobrino D. Alfonso V (1438-1446). fué infelicitísimo en el final de su vida, sucumbiendo víctima de la perfidia en la sorpresa de Alfarrobeira el año 1449. El interés de sus viajes, la cordura de su administración, en que tuvo que luchar á brazo partido, como D. Álvaro de Luna, con la anarquía señorial, que se levantó prepotente sobre su cadáver para caer luego herida de muerte por el puñal de D. Juan II, apellidado el *Príncipe Perfecto*; y, finalmente, la grandeza trágica de su destino, rodean su nombre de una aureola de gloria, á la cual no podía faltar el prestigio de la cultura literaria de que noblemente se ufanaban los más ilustres

lla lengua. Oliveira Martins se esfuerza por vindicar el carácter histórico de algunas partes de esta relación, tenida comúnmente por fabulosa.

monarcas y próceres de aquel siglo de Renacimiento. Cultivando con predilección la lectura de los moralistas y de los políticos, tradujo á su lengua los *Oficios* de Cicerón y los libros *De Beneficiis* de Séneca, que tituló *Virtuosa Bemfeitoria*, el *De Regimine Principum* de Egidio Romano, y el *De re militari* de Vegetio. Y en conformidad con sus aficiones de viajero trasladó también el libro de Marco Polo, con que le había obsequiado la Señoría de Venecia, cuando le recibió triunfalmente en 1428. En las *Horas de Confesión* exhaló los afectos ascéticos de su alma, y en la carta de consejos á su hermano D. Duarte desarrolló su pensamiento político.

El *Cancioneiro Geral* incluye algunos versos suyos; pero los que trae en castellano no son auténticos. El largo poema *del contempto del mundo* que el colector Resende le atribuyó, propagándose el yerro hasta los más modernos y eruditos historiadores literarios de Portugal y Castilla, no puede ser suyo, puesto que en él se alude á la caída y suplicio de D. Alvaro de Luna, cuya muerte fué posterior en cuatro años á la del Infante:

Mirad al Maestro si vivió penando,
Mirad luego juncto su acabamiento.

Pertenece, por consiguiente, no al Infante D. Pedro, duque de Coimbra, sino á su hijo el Condestable de Portugal, llamado también D. Pedro, de cuya vida y escritos trataremos inmediatamente.

Lo que da al Infante un puesto en la historia de nuestra poesía, siendo al mismo tiempo una de las más curiosas muestras de la avasalladora influencia caste-

llana, son sus relaciones con Juan de Mena, á quien dirigia encomiásticos versos pidiéndole que le enviara todas sus obras, y proclamándole principe de los poetas de su tiempo:

Sabedor et bem falante,
Gracyoso em dizer,
Coronysta abastante
Em poesyas trazer...

En su respuesta el poeta cordobés alude á los famosos viajes del Regente de Portugal:

Príncipe todo valiente,
En los fechos muy medido,
El sol que nasce en Oriente
Se tiene por ofendido
De vuestro nombre temido:
Tanto luze en Occidente.

Sois de quien nunca os vido
Amado públicamente,
Tan prefeto esclarecido,
Que por serdes bien regido,
Dios vos fizo su regente.

.....
*Nunca fué después, ni ante,
Quien viesse los atavíos
É secretos de Levante,
Sus montes, insulas, ríos,
Como vos, Señor Infante.*

Entre Moros y Judíos
Esta gran virtud se cante;
Entre todos tres gentíos
Cantarán los metros míos
Vuestra perfección delante (1).

(1) No me detengo más en tratar del Infante, porque no quiero retocar la magistral semblanza que de él trazó el mayor artista histórico que la Península ha producido en nuestros

Si el Infante D. Pedro apenas puede en rigor ser considerado como poeta, no acontece lo mismo con su hijo el Condestable (1429-1466), tan parecido á él en su carácter y en sus desventuras, del cual tenemos importantes composiciones, casi todas en castellano; y cuyo nombre, por varias razones, está honrosamente vinculado en la historia de nuestra literatura, al paso que su acción política se desenvolvió principalmente dentro de Cataluña, donde fué rey intruso después de la muerte del Príncipe de Viana.

Llevóle á tan alto y, finalmente, trágico destino la herencia de las pretensiones de su madre, la duquesa Doña Isabel, hija del conde de Urgel, Jaime *el Desdichado*, viniendo á juntarse de este modo en su cabeza dos fatalidades históricas, la de Alfarrobeira y la del Castillo de Játiva. A los quince años era, según expresión del cronista de Alfonso V, Ruy de Pina, «la más hermosa y más proporcionada criatura que en su tiempo se podía ver»; y armado caballero por el infante D. Enrique en el monasterio de San Jorge de Coimbra, empezaba á tomar parte en bélicas empresas, marchando á Castilla por orden de su padre, grande amigo de D. Alvaro de Luna y partidario de su política; para ayudar al Condestable contra los infantes de

días, mi inolvidable amigo Oliveira Martins, en su libro *Os Filhos de D. João I* (Lisboa, 1891), que es quizá el más excelente de todos los suyos. Sospecho, sin embargo, que obedeciendo el grande escritor á las tendencias habituales de su espíritu, pinta al Duque de Coimbra más idealista y más pesimista de lo que realmente fué y de lo que cuadraba á la psicología de su tiempo, menos compleja y refinada que la nuestra. De todos modos, en ese maravilloso estudio está reunido cuanto se sabe y cuanto se puede adivinar acerca del Infante y sus hermanos.

Aragón, con un cuerpo de dos mil hombres de á caballo y cuatro mil peones, que llegaron cuando ya la contienda estaba decidida en los campos de Olmedo. Los vencedores recibieron en palmas al joven Condestable portugués, aunque ya fuese inútil su refuerzo, y le festejaron de mil modos, señalándose en ello el Marqués de Santillana, que con ocasión de remitirle el cancionero de sus obras, que D. Pedro le había pedido por medio de su familiar Alvar González de Alcántara, le dedicó en forma de carta aquel inestimable *proemio*, que es el más antiguo conato de historia de nuestra poesía.

No bastó el desastre de Alfarrobeira á saciar los odios del conde de Barcellos (luego duque de Braganza), del conde de Ourem, del Arzobispo de Lisboa y de los demás émulos del sacrificado Regente, sino que extendiéndose la persecución á todos los miembros de su familia, el Condestable se vió despojado de su dignidad, así como también del Maestrazgo de Avis: sus bienes fueron confiscados, y él, finalmente, tuvo que refugiarse en Castilla, donde arrastró mísera y errante vida desde 1449 á 1457. Entonces, *más constreñido de la necesidad que de la voluntad*, según dice, abandonó su nativa lengua por la castellana, y compuso el extraño libro, mezcla de verso y prosa, que lleva el título de *Sátira de felice é infelice vida* (1). De él hizo

(1) Ha sido publicada por D. A. Paz y Melia en el tomo de *Opúsculos literarios de los siglos XIV á XVI*, dado á luz por la Sociedad de Bibliófilos Españoles en 1892. Esta edición va ajustada al único códice de la *Sátira* que se conoce, y es el de la Biblioteca Nacional de Madrid, copiado en Cataluña dos años después de la muerte del Condestable, según consta en la sus-

presente á su hermana la reina de Portugal Doña Isabel, no menos desdichada que él, puesto que murió en edad muy temprana, no sin sospechas de envenenamiento. De la dedicatoria se infiere que había comenzado á escribir la obra en portugués, pero que «traído el texto á la deseada fin, é parte de las glosas »en lengua portuguesa acabadas», determinó traducirlo todo «é lo que restaba acabar en este castellano »idioma: porque segund antiguamente es dicho, é la »experiencia lo demuestra, todas las cosas nuevas »aplazen; é aunque esta lengua non sea muy nueva de »lante la vuestra Real é muy virtuosa Majestad, á lo »menos será menos usada que la que continuamente »fiere en los oídos de aquélla.» Haciendo alarde de su infantil erudición, y para que su obra *no pareciese desnuda y sola*, llenó las márgenes de copiosas é impertinentísimas glosas, que con muy buen acuerdo ha suprimido en gran parte el editor moderno, porque no contienen más que triviales especies de mitología é historia antigua, salvo algunas de excepcional valor por referirse á personajes españoles, como la interesante y larga nota en que se describen las virtudes de Santa Isabel de Portugal, y el curiosísimo pasaje re-

cripción final: «*Fou acabad lo present libre a x de may any 1468 de ma den Cristofol Bosch librater.*» Amador de los Ríos fué el primero que estudió atentamente esta composición en el tomo VII de su *Historia de la Literatura española*.

La dedicatoria tiene este encabezamiento: «*Siguese la epistola á la muy famosa, muy excellente Princesa, muy devota, muy virtuosa é perfecta Señora, Doña Isabel, por la deífica mano Reyna de Portugal, grand Señora en las Libianas partes, embiada por el su en obediencia menor hermano, é en desseo perpetuo mayor servidor.*»

lativo al enamorado Macias, «grande é virtuoso mártir de Cupido», cuya pasión y trágico fin están contados de un modo mucho más romántico que en las versiones ordinarias, si bien el Condestable no le concede más que la segunda silla ó *cadira* en la corte de Cupido, reservándose para sí propio la primera, como prototipo de leales amadores (1).

(1) Aunque ya mencioné esta glosa al tratar de Macias, creo hacer cosa grata á mis lectores, transcribiéndola aquí en su integridad, tal como la publicó el Sr. Paz y Melia en las notas á su edición de las *Obras de Juan Rodríguez del Padrón*. «*Macias*. Natural fué de Galicia, grande é virtuoso mártir de Cupido, el qual teniendo robado su corazón de una gentil hermosa dama, assaz de servicios le fizo, assaz de méritos le mereció, entre los quales, como un día se acaesciesen amos yr á cauallo por una puente, assy quiso la varia ventura que por mal sosiego de la mula en que caualgaua la gentil dama, volcó aquélla en las profundas aguas. E como aquel constante amador, no menos bien acordado que encendido en el venereo fuego, nin menos triste que menospreciador de la muerte, lo viesse, aceleradamente saltó en la fonda agua, é aquel que la grand altura de la puente no tornaba su infinito querer, ni por ser metido debaxo de la negra é pesada agua no era olvidado de aquella cuyo prisionero vivia, la tomó á do andaba medio muerta, é guió é enderezó su cosser (corcel) á las blancas arenas, á do sana é salva puso la salud de su vida. E después el desesperadó gualardón, que al fin de mucho amor á los servidores non se niega, por bien amar é sennaladamente servir ouo, ca fizieron casar aquella su sola señora con otro. Mas el no movable é gentil ánimo en cuyo poder no es amar é desamar, amó casada aquella que donzella amara. E como un día caminasse el piadoso amante, falló la causa de su fin, ca le sallió en encuentro aquella su sennora, é por salario ó paga de sus señalados servicios le demandó que descendiesse. La qual con piadosos oydos oyó la demanda é la complió; é descendida, Macias le dixo que farta merced le hauia fecho, é que caualgasse é se fuesse, porque su marido allí non la fallase. E luego ella partida, llegó su marido, é visto asi estar apeado en la mytad de la vía á aquel que non mucho amaba, le preguntó qué allí

Nada menos satírico que esta llamada *Sátira*, como nada menos dramático que la *Comedieta de Ponza*. Estos caprichosos títulos corresponden á una preceptiva convencional, en que los géneros literarios tenían distintos nombres que ahora. El Condestable dice que llamó á su obra «*Sátira*, que quiere decir reprehensión »con ánimo amigable de corregir: é aun este nombre »*sátira* viene de *satura*, que es loor.» Y como en la obra se loa *el femineo linaje*, y el autor se reprende á sí mismo, va mezclada de alabanza y de corrección, entendiéndose por vida infeliz la del poeta, y por feliz la de su dama. Esto en cuanto al título, pues en cuanto á la materia, este fastidiosísimo libro, que su autor tuvo más de una vez propósito de *sacrificar al dios Vulcano*, con lo cual ciertamente no se hubiera perdido mucho, es una especie de novela alegórica del género sentimental, en que, aparte de las reminiscencias de Dante, de Petrarca y de la *Fiammeta* de Boccaccio, se advierte más declarada que ninguna, la imitación de un libro español del siglo xv, *el Siervo libre de amor ó Historia de Ardantier y Liessa*, de Juan Rodríguez del Padrón,

fazia. El qual respuso: «Mi señora puso aqui sus pies, en cuyas »pisadas yo entiendo nevir é fenescer mi triste vida.» E él, sin todo conocimiento de gentileza é cortesía, lleno de scelos más que de clemencia, con una lanza le dió una mortal ferida. E tendido en el suelo, con voz flaca é oios revueltos á la parte do su sennora iba, dixo las siguientes palabras: «¡O mi sola é perpetua seannora! A do quiera que tú seas, ave memoria, te suplico, de mí, indigno siervo tuyo!» E dichas estas palabras, con grand gemido dió la bienaventurada ánima. E assy fenesció aquel cuya lealtad, fe é espeiado é limpio querer le fizieron digno, segund se cree, de ser posado é asentado en la corte del inflamado fijo de Vulcan, en la secunda cadera ó silla, más propincá á él, dexando la primera para mis altos méritos.»

cuyo argumento compendia el Condestable en una de sus glosas, y cuyo estilo revesado é hipérbolico manifiestamente imita lo mismo en la prosa que en los versos. Pero el libro de Juan Rodríguez, en medio de su imperfección, tiene valor autobiográfico y un cierto género de poesía romántica y caballeresca, de que la *Sátira de felice é infelice vida* enteramente carece, reduciéndose á una serie de insulsas lamentaciones atestadas de todos los lugares comunes de la poesía erótica de entonces, sin que tal monotonía se interrumpa, antes bien se refuerza, con el obligado cortejo de figuras alegóricas, tales como *la Discreción*, *la Piedad* y *la Prudencia*. Si á esto se añade el consabido catálogo de enamorados antiguos y modernos, cuyos nombres no parecen traídos más que para justificar la pedantería de las glosas, se tendrá idea de este tardío y desabrido fruto de aquella escuela pseudo-dantesca, que por tanto tiempo torció el curso de nuestra literatura, calumniando al gran poeta á quien decía imitar. Sólo la curiosidad erudita puede encontrar incentivo en tales engendros, donde siempre hay algo útil para el gramático ó para el historiador; pero al crítico literario bástale dar razón de su existencia, y pasar de largo por ellos.

Expresamente declaró el Condestable que era éste el primer fruto de sus estudios, á la par que la historia de sus primeros amores, entre los catorce y los diez y ocho años. Tal circunstancia desarma mucho la severidad del lector, á la vez que explica la confusa mezcla de imitaciones sagradas (1) y profanas, la fácil erudi-

(1) Para encarecer su desesperación amorosa se vale de palabras del *Libro de Job*: